



El Desván de las Reseñas II

Por Ignacio Véliz

**Franco “Bifo” Berardi
(2024). *Desertemos*. Bs. As.:
Prometeo, 234 pp.**

El silencio del colapso: una lectura acerca de *Desertemos*

“Hay tiempo, hay remedio”.

Franz Rosenzweig

El colapso no se siente como liberación, sino como un silencio. Cuando un sistema muere, no hay ceremonia. Deja al descubierto un silencio insoportable. Y *Desertemos* de Franco 'Bifo' Berardi es una vía de entrada, un modo de aprender a habitarlo.

La crítica más rápida a Bifo es siempre la misma: el derrotismo. Pero acaso ese reproche continúe preso de una sensibilidad política que *Desertemos* precisamente intenta dislocar. Porque categorías como optimismo, pesimismo, triunfalismo o derrota todavía se organizan alrededor de un mismo supuesto: la persistencia de una ilusión histórica capaz de garantizar sentido, dirección y horizonte.

Y quizá el gesto más radical del libro consista justamente en abandonar ese suelo.

No para celebrar el colapso ni para estetizar la impotencia, sino para pensar qué ocurre cuando la ilusión cae y, sin embargo, la vida continúa. Porque tal vez sea recién allí —cuando ya no hay promesa histórica capaz de suturar el vacío— donde pueda ubicarse el comienzo de una política.

Desertemos no es entonces un libro optimista ni pesimista. Es un diario de guerra escrito desde el agotamiento de una sensibilidad histórica. Un mapa del abismo, sí, pero también la tentativa desesperada de encontrar, en medio de la devastación, un modo de estar, un modo de lidiar con él.

Desertar del agotamiento

Desertar no significa huir del mundo. Significa abandonar las lógicas que volvieron inhabitable la experiencia. Desertar de la hiperestimulación, de la productividad compulsiva, del mandato de exposición permanente, del agotamiento de una promesa pública que ya no puede cumplirse. En ese punto, el libro toca una fibra singular de nuestra coyuntura: ¿cómo disputar el sentido del repliegue y del aislamiento que siguió a la pandemia? ¿Cómo pensar políticamente esa retirada que ya está ocurriendo?

Porque el aislamiento dejó de vivirse necesariamente como fracaso. Se volvió razonable. Incluso virtuoso. Aislarse perdió el estigma que supo tener. Ya no se llama aislamiento: se llama límite, “autocuidado”, “foco”, productividad, “energía bien administrada”. El resultado, sin embargo, es el mismo. Relacionarse con otros se volvió caro. No emocionalmente en abstracto, sino en términos prácticos: exige cálculo, administración afectiva, vigilancia discursiva constante. Cada vínculo implica riesgos. Y cuando vincularse cuesta demasiado, la gente se retira.

Bifo lee ese agotamiento como síntoma civilizatorio. “La sociedad civil que se había construido en los últimos siglos se derrumbó en pocos años”, escribe. El neoliberalismo tardío no sólo destruyó instituciones: erosionó las condiciones sensibles de las mediaciones que volvían posibles el estar solxs y el estar con otros. No se perdió simplemente el cuerpo, la lengua o la historia. No se trata de una tecnofobia inocente, o el anhelo de una unidad perdida. Lo que Bifo señala es otra cosa: se ha debilitado el “entre”. Ese espesor intermedio donde el gesto toca sin invadir, la palabra no clausura, el silencio no abandona, la espera no destruye.

Por eso el estado de guerra y colapso contemporáneo que describe Bifo produce dos síntomas simultáneos: hiperconexión y desrealización. Todo circula. Y nada termina de alojarse.

La pandemia no inauguró ese proceso, pero sí lo aceleró violentamente. El resultado fue una mutación subjetiva profunda: la imposibilidad creciente de sostener temporalidades compartidas.

El personaje y la autenticidad imposible

Hay algo profundamente antiépico en la hipótesis de la deserción. Tal vez porque la épica contemporánea fue absorbida por la propia lógica del capitalismo emocional. Hoy incluso la autenticidad funciona como régimen de explotación. La autenticidad deja de ser aspiracional y pasa a ser exigencia moral. Cada gesto debe justificarse. Cada palabra debe coincidir consigo misma. El margen para la ambigüedad, para la vacilación, para el error, se reduce drásticamente.

Entonces aparece el personaje.

No el personaje como simple falsedad, sino como solución cínica a un entorno donde ser auténtico resulta demasiado caro. El *cosplay* político se vuelve una tecnología de adaptación. Permite hablar sin quedar atrapado en lo dicho; actuar sin exponerse por completo; pertenecer sin explicarse demasiado. Cuando la autenticidad se convierte en un campo minado, el rol ofrece alivio. Cuando la autenticidad se vuelve riesgosa, la gente actúa desde el personaje.

En un mundo saturado de ruido, el personaje provee claridad emocional. Ya no importa solamente lo que decís, importa cómo sos leído. Todo puede ser descartado, negado, reinterpretado. La verdad se vuelve impracticable y la sociedad ya no busca pruebas: busca autoridad narrativa familiar. Es decir, tribus.

El mileísmo argentino, en cuanto régimen de subjetivación, no consiste en enloquecer, sencillamente. Milei no gobierna con verdad o con mentira, gobierna con alineamiento emocional. El mileísmo condensa, como forma de subjetivación, una soledad trágica, una soledad defensiva y autorreferencial, asumida como costo del vínculo con otros, y deja ver la huella de un modo contemporáneo de emplazar la propia vida en una personalidad legible cuando lo que reina es la hegemonía del signo. El *cosplay* político funciona entonces como tecnología de orientación afectiva: provee claridad emocional allí donde la experiencia se volvió demasiado ambigua para sostenerse.

Pero el problema comienza cuando el personaje deja de ser un recurso táctico y se adhiere a la piel. Ya no funciona como máscara momentánea, sino como forma estable de habitar. El *cosplay* deja entonces de ser actuación para volverse subjetividad *zombie*: una identidad animada por reflejos de reconocimiento, incapaz de salir

completamente del personaje porque ya no existe una exterioridad clara respecto de él.

Lengua rota

Para entender la deserción como proyecto político, Franco 'Bifo' Berardi parte de un diagnóstico preciso: la pandemia, el aislamiento y la aceleración de la producción semiótica, a partir de automatismos psicolingüísticos, han desgarrado el lenguaje. Esto no designa una simple sustitución de lo humano por lo artificial. Designa una crisis histórica de las mediaciones sensibles capaces de transformar intensidad en experiencia compartida. Proliferan significaciones, identidades y conexiones, pero se debilitan las operaciones de demora, narración y filiación que permiten metabolizar el sufrimiento y producir realidad común. El desgarramiento del lenguaje no designa entonces una simple pérdida de humanidad, sino una transformación histórica de las mediaciones sensibles que hacen posible sentirse real.

En otras palabras: hemos perdido la huella de orientación que provee el dolor. Pero no porque el dolor haya desaparecido, sino porque la vivencia primaria del dolor ya no hace marca: la pura sensibilidad no puede sentirse a sí misma sin mediaciones capaces de elaborarla. Volverse insensible al dolor, huir del dolor, nos deja sumidos en un limbo de distracciones.

Por eso el problema contemporáneo no es el silencio. Es la circulación infinita. Se habla todo el tiempo. Se produce sentido-signo permanentemente. Y lo que falta es espesor de elaboración. La herida del lenguaje no sería entonces ausencia de significación, sino saturación significativa y debilitamiento de la metabolización simbólica.

La Inteligencia artificial, el coaching, la auto-percepción diagnóstica: todos aparecen como lenguajes de resolución inmediata. Por eso la palabra está rota, sin pies, desarraigada.

El desgarramiento contemporáneo del lenguaje se verifica, precisamente, en el apego literal al signo como fuente de certeza y prótesis de consistencia identitaria. La aceleración de la producción semiótica de los últimos años propició formas de politización basadas en esa adhesión inmediata al signo, una pasión por nombrarlo todo, por mostrarlo todo, que rechaza el horror de que las cosas no coincidan entre sí. La certeza —el inmediatez del signo— opera como un mecanismo de la cultura

emocional de la razón financiera. La certeza *plenifica*: no hay vacío, no hay ausencia. Sólo un vector de pasión identificatoria que toma el lugar de la palabra y la sustrae, la desarraiga de su trama de sentidos-*sentidos*.

Y es ahí donde la hipótesis de la deserción adquiere espesor político. Porque la pregunta central del libro no pasa por la confrontación abierta con los poderes globales y locales. Para Bifo, incluso esa escena permanece muchas veces capturada por el mismo inmediatez que organiza el presente. Como si todavía imagináramos la política únicamente bajo la forma de la acción y la reacción: el antagonismo permanente. Quizás, en nuestra impotencia insista una omnipotencia no declarada.

La pregunta es otra. “¿Cómo puede esta desesperación de la inteligencia coexistir con la buena vida? ¿Cómo es posible crear felicidad en una existencia colectiva permanentemente al borde del abismo?”. La respuesta de Bifo no es heroica. Es mínima. Desertemos.

Pero esa deserción no implica abandono ni repliegue nihilista. No debería confundirse con un simple individualismo terapéutico, aunque la tentación es real. Bifo incita un movimiento sutil de lo común, que todavía resta por hacerse.

Desertar para recomponer el tiempo

A tu espalda sucede un tercer reino: la existencia anónimamente compartida. Navega la fractura de la historia y surca un trance: está sucediendo. Y si todavía puede hablarse de un nosotros, es porque no se trata de un punto de partida ya dado, sino como aquello que nos espera incluso cuando estemos quedando demasiado aislados: toda retirada encierra una ambivalencia. El repliegue puede convertirse en pausa para desprogramar reflejos y recomponer el lenguaje o incubar un nuevo narcisismo sobrio, higiénico y desafectado. Puede devenir laboratorio de nuevas formas de soledad y tramas solidarias o consolidar una desolación pulcra y defensiva, asumida como costo inevitable del vínculo con los otros.

Tal vez desertar signifique exactamente lo contrario: crear las condiciones mínimas para que algo del mundo siga siendo transmisible. Crear lo dado. Ni más, ni menos.

El repliegue, como disputa silenciosa bajo la ética de la deserción, exige comprender que la demora no es quietud. Es la condición para un tiempo propio, donde ser impecables no implique volverse transparentes, ni la imperturbabilidad sea

sinónimo de desafección. En otras palabras, se trata de dejarse acompañar en la posibilidad dolorosa de una autenticidad sin rol.

En el silencio aparece una libertad incómoda, sin épica ni garantías. Se trata de darle tiempo a ese silencio, como quien protege un secreto, como quien prepara una fuerza con estoica desesperación. Tal vez toda política por venir dependa de esa paciencia. La preparación de una nueva fuerza no es imposible: solo debe permanecer oculta.